

Volumen XIII

Octubre 1.º de 1917

Número 129

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXVII

CONTENIDO

- Elogio del Rosario..... R. M. C.
Sobre Cervantes y el Quijote..... EDUARDO ZULETA.
Discurso pronunciado al inaugurarse la estatua de Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional de Madrid..... FRANCISCO RODRIGUEZ M.
Discurso BLANCA DE LOS RIOS DE L. Grado.
La neutralidad de Colombia. JOSÉ M.^a RESTREPO MILLAN.
Rafael Pombo..... JUAN A. ZULETA.
Crónica del Colegio..... J. B. R.
-

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, octubre 1.º de 1917

ELOGIO DEL ROSARIO

OCTUBRE

Hoy alboreó el mes dedicado por la madre Iglesia para festejar sobre la tierra a la Reina del cielo en su magnífica advocación del Rosario.

Este título es el mismo de nuestro Colegio Mayor quien le debe su duración casi tres veces centenaria, sus pasadas glorias, su prosperidad actual.

Desde este día hasta aquel en que se cierren los estudios, estará María Santísima oyendo, con mayor caridad que nunca, las plegarias de sus hijos predilectos, en estos últimos plazos del año escolar, decisivos para lo presente y a veces para lo porvenir de los alumnos.

Fue consagrado octubre al culto de la Virgen del Rosario por León XIII, el Grande, el santo sacerdote, el príncipe de modernos poetas latinos, restaurador de la filosofía cristiana, maestro que agotó la doctrina católica en puntos sociales y políticos, pacificador de las naciones, campeón de las tradiciones antiguas, heraldo de los novísimos progresos.

MARIA

Nuestra patrona es María de Nazareth, de la familia de David, hija de Joaquín y Ana, esposa virgen de José

y madre de Jesús, Verbo unigénito de Dios y salvador de los hombres.

María es la más excelente hechura salida de las manos del Omnipotente, y aventaja en virtudes a todos los santos; en pureza, a los ángeles; en imperio y poderío, a las dominaciones y potestades celestes; a los querubines, en ciencia; en amor y eficacia de voluntad, a los más encumbrados serafines. Es la única mujer que une en sí a lo augusto de la maternidad la aureola de las vírgenes; la sola criatura que es y se llama verdadera madre de Dios.

El quiso magnificarla tanto, para su propio honor y también para provecho de los hombres. Por eso se la apellida *trono de la sabiduría, arca de la alianza, puerta del cielo, salud de los enfermos, consoladora de afligidos, auxilio de los cristianos.*

Ningún bien rehusa la Virgen a los hombres, porque ellos son sus hijos; nada le niega Jesucristo a María, porque ella es su madre.

LA ORACION

Los favores de Nuestra Señora se logran principalmente por medio de la oración, que es audiencia privada concedida a sus vasallos por el soberano monarca de todo cuanto existe; coloquio íntimo y familiar del Redentor con los que él llamó, no siervos, sino amigos; vía que, a modo de la escala de Jacob, enlaza la tierra con el cielo; llave que abre de par en par los tesoros de clemencia infinita que se encierran en el corazón de Cristo.

Orar es para el hombre necesidad tan imperiosa como la de alimentarse y respirar; y el filósofo e historiador pagano Plutarco afirma que más fácil sería una nación sin suelo que una sin religión, plegaria y sacrificio.

En ocasiones el hombre, dotado como está de alma espiritual, habla con Dios, espíritu puro, sin mover los

labios ni articular vocablo alguno. La mente sola adora, reverencia, agradece, se duele e implora. Es ésta la oración *mental*, nodriza de los santos, requisito indispensable para la perfección cristiana. Si, durante ese tiempo, la persona discurre con la razón sobre las verdades de la fe y concibe con la voluntad rectos propósitos, se dice que *medita*; si pone principalmente en ejercicio la inteligencia y el corazón, decimos que *contempla*.

Otras veces, la criatura racional, que consta de alma y cuerpo, glorifica por medio de todas sus potencias al Hacedor supremo, y traduce y deja que se desborden en palabras los pensamientos y afectos que le hierven en el pecho. Tal la oración que nombramos *vocal*, la de los salmos de David, la que enseñó el Maestro divino a los apóstoles, la que acompaña al sacrificio del altar, la que impone la Iglesia, bajo precepto grave, cuotidianamente a sus ministros.

La oración no se dirige primariamente sino a Dios, porque El es el solo Santo, el solo Señor, el solo Altísimo; pero invocamos a María para que nos sirva de intercesora y medianera.

La más excelente de las oraciones que dirigimos a Nuestra Señora es el rosario.

SANTO DOMINGO

A las postrimerías del siglo doce de la era cristiana, brillaba entre los canónigos de Osma, en los reinos de España, un sacerdote, mozo todavía y elevado, eso no obstante, al puesto de arcediano de la Catedral. Llamábase Domingo de Guzmán y pertenecía a uno de los más esclarecidos linajes de la Península. Era santo, como que conservó siempre, según lo declara la Iglesia, la inocencia y gracia bautismales; sabio, porque se había educado con diligente esmero en la Escuela palentina, precursora de la Universidad de Salamanca; orador

sagrado elocuentísimo, austero como un anacoreta, ardoroso como un apóstol por el bien espiritual de las almas. Para abrir campo sin obstáculos al ejercicio de la caridad, renunció las dignidades eclesiásticas que poseía, no quiso varios obispados que le brindaron con instancia y emprendió fundar la ínclita orden de Predicadores, cuyas alabanzas no cabrían en una biblioteca entera, menos en estas cortas páginas. A modo del patriarca Abraham, salió de su patria y de la casa paterna y fuese al centro de la comarca infestada por la más temible herejía de los siglos medios, la que califica el historiador protestante Macaulay como una de las cuatro mayores pruebas que haya sufrido la Iglesia católica romana desde su fundación hasta la época presente.

Los albigenses, renovadores de las doctrinas y de las costumbres nefandas de los antiguos maniqueos, se habían difundido por el mediodía de Francia, principalmente en Tolosa y sus finítimas comarcas. Constituidos reciamente en escuela filosófica, secta religiosa y facción política batalladora y armada, amenazaban juntamente las bases de la razón, los dogmas de la fe y el orden social en el occidente de Europa. La tarea de vencerlos, tras rudo y porfiado batallar tocó al valeroso general Simón de Monfort; la más ardua y laboriosa de convertirlos, a Santo Domingo de Guzmán.

Quejábase un día, con filial confianza, hablando con Nuestra Señora, de que los frutos de su empresa no correspondían ni a lo ahincado de sus esfuerzos ni a lo magno de sus esperanzas. Se dignó entonces la Virgen Santísima aparecérselo; le dijo cómo la oración es más eficaz que los argumentos y discursos para mudar los corazones depravados, y le mandó que divulgase y extendiese la devoción del rosario. Obedeció el siervo las voluntades de su Reina, y unos años después la herejía albigense había desaparecido.

Desde entonces se difundió el rosario por todo el universo católico.

EL ROSARIO

Es el rosario una manera de oración que consiste en rezar quince padrenuestros, seguido cada uno de diez avemarías y de la antifona *Gloria Patri* en alabanza de la Trinidad beatísima, al mismo tiempo que se va contemplando en cada decena uno de los principales misterios—gozosos, dolorosos, gloriosos—de la vida de Jesús y de María.

Se reúnen así las ventajas de la plegaria mental y la vocal; y este consorcio se realiza sin esfuerzo ni violencia, porque el cristiano alza sus preces al Redentor y a Nuestra Señora, representándoselos con la imaginación en el misterio respectivo, lo cual no distrae la atención, sino antes la fija y la conserva.

Así se le comunica a la repetición de unas mismas palabras deleitosa y suave variedad; porque saben muy distinto las súplicas si se dirigen al Niño del pesebre, o al Señor crucificado, o al Vencedor de la muerte y del infierno; suena de diferente modo la salutación angélica cuando se endereza a la doncellita de Nazareth en su habitación humilde; o a la madre de Dios, al pie de la cruz; o a la reina de todo cuanto existe, en el trono de su gloria.

El rosario se compone de las más excelentes oraciones. El padrenuestro fue compuesto por Jesucristo mismo, a petición de los apóstoles, para enseñarlos a orar, a ellos y a todos los cristianos hasta el fin de los siglos, y lleva aquel sello de absoluta perfección de todas las obras directas de la sabiduría divina.

¿Qué título más suave podemos dar a Dios que el de padre? ¡Cuán oportuno recordar que son los cielos el hogar de nuestras almas! El implorar cada uno, en plural, en favor de todos sus prójimos lo mismo que

solicita para sí es práctica del supremo precepto: la caridad fraterna, y lección de que cuantos más bienes pidamos para los demás, mayores alcanzaremos para nosotros.

La gloria de Dios, fin último de la creación entera; el advenimiento del reino de Cristo, que es justicia, caridad y paz; el hacer la voluntad divina, única infinitamente sabia, equitativa, amable y misericordiosa; el logro de todos los bienes que necesitamos para el alma y el cuerpo; la remisión de los pecados, en la medida que perdonemos a nuestros ofensores; la victoria contra las tentaciones, la liberación de todo mal: ¿qué más puede anhelar ni pedir el hombre acá en la tierra?

No de labios humanos, sino angélicos; no por movimiento propio, sino por divina inspiración, brotó el magnífico saludo que forma la primera parte del avemaría. Tiene la segunda por autora a la madre del Bautista, llena del Espíritu Santo; y la tercera a la Iglesia, fundamento y columna de la verdad. Aquí confesamos que María es madre de Dios, y le encomendamos nuestra vida y el instante tremendo o consolador, pero siempre definitivo, de la muerte.

Entre los asuntos de meditación tienen el primer lugar la vida del Verbo humanado y la de su madre sin mancha, porque El vino a la tierra no sólo para servirnos de redentor y maestro, sino también de modelo, y María es para nosotros, además de abogada, el ejemplar de todas las virtudes. Al considerar los novísimos, se arrancan del alma las cizañas del mal; con la imitación de Nuestro Señor, siémbrense en ella las semillas del bien.

Fácil es desentenderse de los falsos bienes terrenos al mirar con atención al Hijo de Dios en la humildad de la encarnación, en la caridad de la visita a Santa Isabel, la pobreza del establo, la perfecta devoción al ser presentado en el templo; el desapego de los más arraigados afectos, en la pérdida del niño Jesús.

Se adquieren alientos para llevar la cruz, empándose en las amarguras del huerto, los dolores de azotes y espinas, las caídas en la vía dolorosa, la agonía suprema del Calvario; animase el cristiano a la lucha, al pensar que el lauro que le espera es el gozo de la resurrección, la apoteosis de la ascensión al cielo, la infusión de los dones del Paráclito, la vista de María en cuerpo y alma, coronada como emperatriz del universo.

PARA TODOS

Toma la oración formas diferentes, según la edad, el sexo, la condición y las necesidades de las personas. Así el oficio divino, que es la deprecación propia del sacerdote, no sirve a las doncellas y los niños; la fórmula para dar gracias a Dios en las breves horas de la prosperidad no es adecuada para implorar misericordia en los dilatados meses en que lo adverso nos oprime; la Iglesia canta el *Alleluia* en tiempo pascual, recita el *Miserere* en la cuaresma, hace temblar las bóvedas del templo con los acentos del *Dies irae* en los funerales de sus hijos.

En cambio, el rosario es para todos: la oración más fácil para los niños, los ignorantes y los rudos; la más elevada y fecunda para los adultos inteligentes y sabios; el encanto de las mujeres piadosas, la fortaleza de los varones prácticamente cristianos; la súplica del pecador arrepentido, la más sublime elación de las almas puras y abrasadas en el amor divino; el maná cotidiano del sacerdote, la práctica diaria de los fieles.

Las órdenes y congregaciones religiosas tienen sus peculiares devociones y aun diferentes métodos de orar; pero el rosario es común a todas ellas. Es además el vínculo que une y congrega a los miembros de la familia católica delante de la amada imagen heredada de los mayores, que confortó la agonía de los ancianos y sonrió ante las cunas de los recién nacidos.

Se acomoda a todas las circunstancias de la vida: en tiempo de vacación y reposo, no interrumpe el descanso apetecido; cuando está el hombre abrumado de cansancio, no le acrecienta la fatiga; dulce para dar gracias en tiempo bonancible, lenitivo eficaz en época de tribulaciones y congojas. Apetece el cristiano el manjar sabroso del rosario en los ratos de fervor y es el que menos repugna en los de espiritual aridez y desconsuelo.

Puede úno recitarlo de rodillas en la iglesia, o sentado cómodamente en su aposento, o paseando a pie; llevado como el viento por la locomotora o al paso de tarda cabalgadura en nuestros ásperos caminos de montaña.

Sirve para arrullar el sueño de los párvulos, se reza junto al lecho del amigo moribundo, al rededor del féretro de las personas queridas.

Al rosario se le podrían aplicar, en otro sentido, las palabras de San Pablo: *Todo para todos*.

SIGNO DE LA FE

Quien desee distinguir a un católico romano de los cristianos apartados de la verdadera fe, tiene en el rosario un medio fácil y seguro. Las sectas protestantes profesan varios de los dogmas revelados, predicán la moral evangélica y conservan algunos de los sagrados ritos litúrgicos; las iglesias disidentes orientales admiten todos los sacramentos, la misa, la confesión auricular, el culto de la Virgen y los santos, la veneración de sus imágenes y reliquias. Mas ninguna cristiandad separada de Roma acepta la supremacía de la Santa Sede ni tiene la práctica del rosario.

Natural es que esto último así suceda, porque la oración de que venimos tratando, por su origen, por las preces vocales que encierra, por los misterios que

en ella se contemplan, por la aprobación y las gracias que le ha concedido la cátedra de San Pedro, es una profesión explícita de las verdades propuestas por la Iglesia. Así los buenos católicos no sólo rezan el rosario diariamente, sino que lo llevan, como era uso de nuestros mayores, siempre y en todas partes, consigo.

Porque también se llama rosario la sarta de cuentas unida por sus extremos a una cruz, que se van pasando entre los dedos a cada padrenuestro y avemaría que se recita. Este instrumento y la devoción a que sirve están tan estrechamente enlazados que, para ganar las indulgencias anexas al rezo, es preciso usar el rosario material, bendecido por un religioso dominico o por otro sacerdote delegado por el Papa.

LEPANTO

El 7 de octubre de 1571, se verificó en el golfo de Lepanto la que Miguel de Cervantes Saavedra quiso llamar «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.» Con razón, porque si bien es probable que en los futuros tiempos haya combate naval mayor y más sangriento, no se reunirán en él las circunstancias de ser en defensa de la Iglesia, promovido por un San Pío V, con un soldado como el príncipe de los ingenios españoles, un general como don Juan de Austria y una patrona como la Virgen del Rosario.

A la protección de María Santísima en esa advocación atribuyeron los cristianos su esplendorosa y no esperada victoria; el Papa instituyó la fiesta del Rosario y agregó a las letanías lauretanas la invocación *Auxilium cristianorum*. Acrecentaron la solemnidad muchos de los pontífices siguientes, desde Gregorio décimotercero hasta León trece, quien, además de las disposiciones arriba mencionadas nos mandó llamar a Nuestra Señora *Regina sacratissimi Rosarii*.

NUESTRA CASA

El magnífico Cristóbal de Torres, castellano de cuna, dominicano de religión, de dignidad arzobispo, no sólo fundó en Santafé de Bogotá un colegio, igual en honor a los cuatro mayores de España, sino que lo tocó de eternidad dándole el título de Nuestra Señora del Rosario.

Pasó el instituto las vicisitudes de siglo y medio de colonia, la mudanza total de la independendencia, ocho grandes guerras civiles; se ha visto saqueado varias veces, convertido en cuartel y en prisión, dañado en su edificio por los terremotos, y después de cada peligro resurge más joven, próspero y floreciente.

Lo preside la Bordadita, la imagen de la Reina del cielo, tejida para los colegiales de Fray Cristóbal por una archiduquesa de Austria y reina de España. Está en pie, con diadema imperial en las sienes y regio manto en los hombros; sostiene en un brazo al Niño Dios y con la diestra empuña el cetro y ostenta en ella el Santísimo Rosario.

En doscientos sesenta y más años, se han postrado a los pies de la Bordadita sobre veinte mil estudiantes. A todos los que han sido fieles con ella los ha colmado de bienes para ésta y para la otra vida. Y el tesoro de que Ella dispone no se ha extinguido ni mermado siquiera, porque María es dueña, no por naturaleza sino por gracia, de las riquezas infinitas de Dios.

R. M. C.

